

TENDENCIA AUDIOVISUAL Y LITERARIA

LETICIA BLANCO
Barcelona

La semana pasada fue el día de *Mean Girls*, *Chicas malas* en su versión española, y Paramount decidió compartir en TikTok la película troceando sus 97 minutos en 24 clips. TikTok tiene ese extraño y poderosísimo don, el de encapricharse de productos culturales de otros tiempos (pasó con *El jilguero*, de Donna Tartt, y el *Rumours*, de Fletwood Mac) y regurgitarlos en forma de bailes, montajes, gags y comentarios hechos por fans casi siempre mucho más jóvenes.

La estrategia se enmarca dentro de la promoción de un nuevo musical que se estrenará a principios de 2024 escrito, igual que el guion de *Chicas malas*, por Tina Fey. La película que hace 20 años catapultó las carreras de Lindsay Lohan, Rachel McAdams y Amanda Seyfried se ha convertido con el tiempo en una cinta de culto, un pequeño clásico sobre la maldad de las reinas del instituto. En TikTok, el hashtag #meangirls tiene 12.800 millones de visualizaciones, la prueba de que las chicas malas

«El género importa cada vez menos para muchas cosas», dice Leticia Martín

nunca pasan de moda, incluso en tiempos de sororidad.

No es un caso aislado. El reciente Premio Lumen de novela, *Vladimir*, tiene uno de esos argumentos que pueden resumirse en una frase, como un *pitch* publicitario: «Es como Lolita, pero al revés». A su autora, la argentina Leticia Martín, la historia le vino de primera mano, por el testimonio de un chico que de muy joven había mantenido relaciones sexuales con una mujer mucho mayor.

Como Nabokov, Martín se enfrentó a la maldad durante el proceso de escritura y llegó a distintas conclusiones. Una es que la sociedad «ha perdonado y justificado más el abuso masculino a lo largo de los milenios». Otra es que la maldad no es una característica estrictamente masculina. «Ni la maldad ni cualquier otra tipificación», apunta la escritora. «El género importa cada vez menos para montones de cosas. Quizá en el futuro no sepamos el género de quien está frente a nosotros».

«Me gustan las ficciones que encarnan mujeres no santas, no sacrificadas», confiesa la argentina, «madres imperfectas, mujeres

El pequeño clásico 'Chicas malas' llega a su 20º aniversario convertida en película de culto y varias novelas con protagonista femenina exploran los límites de lo aceptable.

Ser mala está de moda



Lacey Chabert, Rachel McAdams, Lindsay Lohan y Amanda Seyfried, en una imagen promocional de 'Chicas malas'.

que pecan, caen, eligen el camino del error. Me gusta porque a veces pienso que la verdadera libertad femenina será alcanzada el día que actuemos con el desparpajo que se evita mostrar cuando se construye

a la mujer de modo ideal», reflexiona. «No somos musas, ni inspiración de otros. Somos las que agarramos la arcilla, el lienzo, el papel, las que huimos a nuevas vidas, decimos no a lo que se espera de no-

sotras, las que creamos para hacer algo mejor que odiar o aceptar pasivamente. Porque podemos y elegimos poder hacerlo».

La protagonista de *Soy fan* (Alpha Decay), el brutal debut literario

de Sheena Patel, tampoco es precisamente un dechado de virtud. Es envidiosa, irascible, caprichosa y cruel; engaña a su novio y *stalkea* hasta niveles de dudosa moralidad (y legalidad) a las otras amantes del hombre del que está enamorada, un artista famoso que la somete a un maltrato psicológico de manual. La novela es un retrato de las relaciones tóxicas en un mundo envenenado por el narcisismo y las redes sociales.

Patel, a la que la crítica ya ha emparentado con Otessa Moshfeg, confiesa que su intención era explorar «cómo toda nuestra sociedad está organizada en torno al *fandom* y una adulación casi irreflexiva». «Me frustra la forma en la que se nos dibuja a los personajes marrones», explica la autora, de padre indio keniano y madre mauritana. «A menudo se nos representa con nostalgia o como víctimas, y yo quería desafiar todo eso». Y añade: «Es importante estar enfadada, una emoción que a menudo se nos niega en nuestra vida. Quería que mi protagonista fuera irreverente y divertida. Quería, en definitiva, superar los límites de lo aceptable», algo que tiene en común con la pro-

«Es importante estar enfadada, una emoción que a menudo se nos niega en la vida»

tagonista de *Un amor*, de Sara Mesa, que Isabel Coixet acaba de adaptar al cine. Acostarte con alguien para que te arregle el tejado, ¿por qué no?

Loca, psicótica, descarrilada

Quien también sabe mucho sobre *malas mujeres* es la periodista Anna Bogutskaya, una madrileña de padre ruso residente en Londres que acaba de publicar *Unlikeable Female Characters*, donde analiza nueve *tipos* distintos de la mujer *desagradable*: la puta, la mala, la cabreada, la zorra, la loca, la psicótica, la descarrilada, la despistada que está en las musarañas y la rarita. «Decidí escribir mi libro porque me parecen fascinantes no solo los personajes, sino la reacción del público y la industria hacia ellas. Me interesa el complicado baile que existe entre expectativas y reacciones a personajes femeninos que no conforman un ideal manufacturado», explica.

De todas las películas protagonizadas por malvadas, *Tár*, de Todd Field, protagonizada por una espectacular Cate Blanchett, es una de las que más dio que hablar el año pasado por su retrato de una exitosa directora de orquesta que comete abuso de poder. Hubo quien cri-

ticó que, con las pocas batutas femeninas que hay y lo difícil que lo tienen para llegar hasta lo más alto en un mundo tan masculinizado como el de la clásica, precisamente el retrato de una que lo consigue fuera el de un monstruo.

«Me fascina *Tár*, porque sigue los mismos patrones de películas sobre genios malditos y problemáticos, todos ellos hombres, claro, pero por el mero hecho de ser Lydia Tár mujer, nos plantea todas estas preguntas sobre cómo funciona el poder y qué permisos les damos a



De arriba a abajo: Leticia Martín, Sheen Patel y Anna Bogutskaya.

las personas que denominamos *genios*», opina Bogutskaya. «En *Tár* vemos no solo una historia de una abusadora, sino el mito que se crea ella misma. Me parece una película y una interpretación maravillosa».

Bogutskaya aborda en su ensayo lo muy acostumbrados que estamos a que personajes masculinos que son auténticos psicópatas como Tony Soprano nos hechicen, pero con ellas, el enamoramiento no es el mismo. «Estas series que tanto adoramos, como *Mad Men* o *The Sopranos*, también tenían personajes femeninos complicadísimos como Carmela Soprano, Betty Draper o Peggy Olsen... pero al fin y al cabo son secundarios a los protagonistas masculinos. Y el público reacciona muy distinta a sus fallos», apunta Bogutskaya. ■



Un fotograma de la película 'El reino animal', de Thomas Cailley.

Festival de Sitges

Conversamos con el director Thomas Cailley sobre su aplaudida 'El reino animal' y otras películas francesas vistas este año en el festival de cine fantástico que hablan de una renovada conciencia ecológica, de un mayor interés por los animales, la naturaleza y el clima.

El 'fantastique' se pone ecologista

Ya en su comedia revelación *Les combattants* se apreciaba el interés de Thomas Cailley por los códigos del fantástico. Pero el director francés los abrazó con aún mayor intensidad en su serie de ciencia ficción *Ad vitam*. Y sigue explorándolos desde una óptica personalísima en *El reino animal* (Oficial Fantàstic Competición), fábula ecologista sobre una ola de mutaciones que convierte a una pequeña parte de la población en criaturas animales. François (Romain Duris), casado con una mujer aquejada del proceso, se embarca con su hijo adolescente Émile (Paul Kircher, revelación de *Dialogando con la vida*) en una nueva etapa familiar para tratar de encontrar la solución.

Lo más interesante del proyecto es su cruce natural de supuestos extremos: al puro espectáculo fantástico se une el más matizado realismo social, psicológico y geográfico. «Me interesa mucho la mezcla de géneros, de registros», explica el director. «Que una película pueda ser a la vez íntima y espectacular, realista y fantástica, que tenga acción y también momentos más contemplativos o poéticos. Me gusta que todo esto conviva, como sucede en el cine de Bong Joon-ho, que me recuerda a la vida por su diversidad de colores».

Otros referentes, quizá más claros, de *El reino animal* podrían ser Spielberg y Shyamalan, directores que, según Cailley, «hacen

JUAN MANUEL FREIRE
Sitges



Una imagen de 'Acide', de Just Philippot.

dramas humanos que podrían funcionar sin el elemento fantástico: *E.T.* sería buena incluso sin el extraterrestre, pero gracias a él es todavía mejor; la historia es más potente». El apartado de relaciones de su película debe mucho, apunta el director, a la excelsa *Un lugar a ninguna parte* de Sidney Lumet, con River Phoenix, y *Un mundo perfecto*, de Clint Eastwood, dos grandes obras sobre la paternidad.

Este año se han visto en el festival otras películas francesas fantásticas relacionadas con los animales, la naturaleza y el clima. Ahí queda el ejemplo de *Acide*, nuevo largo de Just Philippot (el de la ecoterrorífica *La nube*), aventura de catástrofes con inspiración feroz en el calentamiento

global: durante una ola de calor, unas nubes extrañas empiezan a arrojar lluvia ácida sobre toda Francia. También está *Vermin: la plaga*, de Sébastien Vanichek, especie de moderna *Aracnofobia* sobre el asalto de infinitas arañas, cada vez más mortíferas, a un barrio de la periferia de una gran ciudad. Como las criaturas de *El reino animal*, no son exactamente monstruos, sino «simplemente otra especie tratando de sobrevivir en un lugar hostil y extraño», en palabras del crítico de cine Bilge Eberi para *Vulture*.

¿Podemos ver esta oleada como el resultado de la moderna ecoansiedad? ¿O se debe, simplemente, al surgimiento de una nueva conciencia ecologista? «Yo no me

considero ecoansioso, aunque sea consciente de que el planeta está muy mal», dice Cailley. «Me he hecho mayor en un mundo que cada vez es más pobre. Pero para mí esta película era una oportunidad de proponer casi lo contrario de la ecoansiedad: esta mutación, esta anomalía, provoca la biodiversidad y enriquece el mundo».

Sensaciones encontradas

Cailley juega hábilmente con las expectativas del espectador y lo sitúa en un rico y ambivalente territorio emocional. Lo que, en principio, parecía monstruoso empieza a parecer utópico. Mutantes y espectadores lloran por la vida dejada atrás a la vez que sienten una creciente ilusión por la que pueda venir. «Una espectadora, una mujer mayor, me comentó que al principio de la película tenía miedo de los monstruos, pero que al final tenía miedo de los hombres. Me pareció una buena reflexión».

Si hay un mensaje final para la historia, es que debemos aceptar al otro: «Lo que espero es que cambiemos la perspectiva de lo que vemos. Por eso toda la película está filmada a la altura de los ojos y se da mucha importancia a la mirada de las criaturas. Nosotros las miramos a ellas, ellas nos miran a nosotros... Solamente espero que al final todos consigamos mirarnos. Creo que es posible mirar a los demás, aceptar la diferencia y convivir de forma pacífica». ■